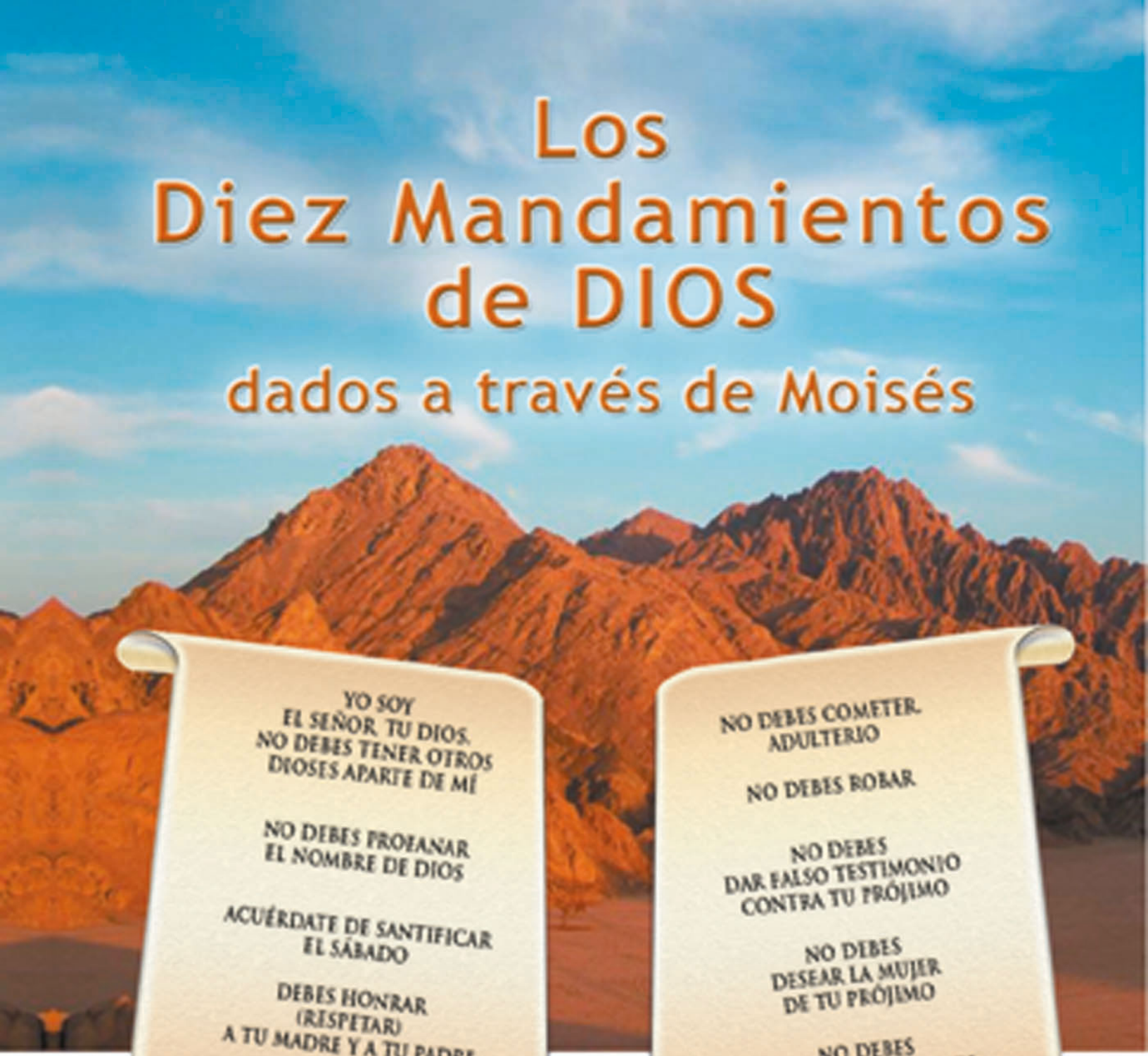
Los Diez Mandamientos de DIOS

dados a través de Moisés



explicados con palabras de la época actual

Los
Diez Mandamientos
de DIOS
dados a través de Moisés

explicados con palabras
de la época actual

Gabriele

Editorial Gabriele
La Palabra

El Espíritu universal
es la enseñanza del amor a Dios y al prójimo,
a los seres humanos, a la naturaleza y a los animales

1ª edición: 2012
Spanisch

Editado por
© Gabriele-Verlag Das Wort GmbH
Max-Braun-Str. 2, 97828 Marktheidenfeld, Alemania
www.gabriele-verlag.de
www.editorialgabriele.com

Traducido del alemán.

Traducción del alemán autorizada por
la editorial Gabriele-Verlag Das Wort GmbH.
En todas las cuestiones relativas al sentido,
la edición original en alemán tiene validez última.

Título del original en alemán:
«Die Zehn Gebote GOTTES durch Mose –
ausgelegt mit den Worten der heutigen Zeit»
ISBN 978-8 4-8251-077-4 (edición impresa en español)

Todos los derechos reservados

Nº de pedido: B338es
ISBN 978-3-89201-616-8 (epub en español)
ISBN 978-3-89201-617-5 (mobi en español)

Prólogo

«La letra solo se vuelve viva cuando el ser humano comienza a cumplir los Mandamientos. Con ello va madurando poco a poco en la ley omniabarcante del amor y de la vida. Solo quien cumpla los Mandamientos con el corazón y en el espíritu del amor, reconocerá la ley omniabarcante y encontrará así la verdad, que se encuentra dentro del alma del hombre».

Dios dio a los seres humanos los Diez Mandamientos a través de Moisés.

El Espíritu de Dios es libertad. El Espíritu Libre, eterno y omnipresente, al que en Occidente llamamos Dios, es Existencia eterna omnipresente, vida omnipresente. Es la fuerza del Universo, la corriente en los poderosos soles y planetas. Él es la vida en la Tierra, en cada planta, en cada animal, en cada piedra, y en última instancia en cada hombre y en cada alma. El Espíritu Libre omnipresente, Dios, es por consiguiente la fuerza universal en todo el infinito.

Los Mandamientos de Dios dados a través de Moisés son realmente un don de amor y una ayuda para la vida, del Eterno a Sus hijos humanos, extractos de la eterna Ley omniabarcante del infinito. Puesto que en el Espíritu del eterno SER, de la vida eterna, todo está contenido en todo, en cada Mandamiento podemos encontrar también a los demás.

A los seres humanos se nos ha dado la tarea de cumplir en la vida terrenal los Mandamientos del Uno universal, es decir vivirlos –no simplemente conocerlos o leer sobre ellos. Los Mandamientos de Dios no contienen ninguna prohibición, porque el Espíritu Libre es la libertad, que dice: Toda persona tiene la libertad de aceptar las indicaciones de Dios y vivir correspondientemente, o bien de dejarlas.

Puesto que Dios no interviene en la vida del ser humano, este último es responsable por el contenido de su forma de sentir, pensar, hablar y actuar. Los Mandamientos de Dios son legitimidades, extractos de la Ley eterna del Reino de Dios. Ayudan a la persona que aspira a cumplirlos a alcanzar una ética y moral más elevadas, con lo que en su totalidad esta se vuelve más fina en su forma de pensar, hablar y actuar. Quien recorre el camino de los Mandamientos de Dios, también ennoblece sus sentidos y desarrolla una perspectiva de vida más elevada; comprende que la naturaleza y los

animales también pertenecen a la unidad divina. Los Mandamientos de Dios vividos originan libertad y beneficio para la vida.

Los Mandamientos de Dios son una oferta de Dios, del Espíritu Libre, a nosotros los hombres, para que vivamos conforme a ellos, para que mediante el beneficio de obtener una ética y moral más elevadas, aprendamos a entender lo que significan la justicia, la unidad y el amor a Dios y al prójimo. Debido a este cumplimiento paulatino, el ser humano se va acercando a la Vida, que es el Espíritu Libre universal: Dios, el Espíritu universal en todo.

En el curso del cumplimiento paulatino de los Mandamientos de Dios, la persona no solo capta todo de modo más profundo, sino que también experimenta en sí que el Espíritu Libre omnipresente también se encuentra en ella misma.

Dicho una vez más: La vida es Dios, el Espíritu Libre, que es exactamente el mismo en todas las culturas de todo el mundo. El Espíritu Libre en todas las culturas de todo el mundo es la diversidad y la plenitud infinitas del SER, la Existencia eterna. Cada Mandamiento de Dios es un portal hacia la plenitud de la vida, porque Dios, el Espíritu Libre, es la vida. Si pensando y obrando correctamente nos sumergimos en las profundidades de la vida, en la raíz del SER, descubrimos que cada Mandamiento contiene una variedad del SER y que se encuentra contenido en los demás Mandamientos como fuente de fuerza. Con la expresión «Espíritu Libre», al que en Occidente llamamos Dios, no se hace referencia al «Dios» que presentan los sacerdotes y curas.

Jesús de Nazaret fue como hombre el Hijo de Dios, y como ser en Dios es el Corregente del Reino de Dios, el Cristo de Dios, que como Jesús de Nazaret nos trajo la redención y el camino de regreso al Hogar del Padre. Siendo Jesús de Nazaret enseñó a los hombres que el Padre eterno y Él son uno, lo que significa: *un* Espíritu, *un* Amor, *una* Verdad, la verdad eterna, la Ley eterna infinita que hace libre. El Espíritu del Cristo de Dios está en el Padre, y el Padre está en el Espíritu del Cristo de Dios –*un* Espíritu, *una* Vida, *una* Verdad.

Desde hace aproximadamente 40 años, el Espíritu Libre, el Espíritu del Cristo de Dios, se manifiesta a través de Su profeta, Su portavoz, que

también es la enviada de los Cielos: Gabriele. El Cristo de Dios, el Espíritu Libre, no está atado a ninguna religión que practique un culto mundano externo porque –así lo enseñó Jesús de Nazaret, y también lo hace hoy el Cristo de Dios– cada persona es el templo de Dios y por lo tanto no necesita ningún templo, ninguna iglesia de piedra para encontrar a Dios, la Inteligencia universal eterna, el Espíritu eterno, ni para adorarle.

Hoy habla el Cristo de Dios en el Nuevo Tiempo.

Dios, el Eterno, no cambia; Él es el mismo –lo fue ayer, lo es hoy y lo será mañana. Esto también es válido para los Diez Mandamientos de Dios dados a través de Moisés. El Cristo de Dios, que se manifiesta en la época actual, habló en el corazón de Su profeta y enviada de Dios, Gabriele, quien con sus propias palabras, y ateniéndose al sentido, transmitió lo que es especialmente importante para el Nuevo Tiempo, ya que los dioses-ídolos han aumentado en su diversidad.

Si creemos en los Diez Mandamientos de Dios y si también creemos en Jesús, el Cristo, en Sus enseñanzas y sobre todo en la enseñanza de los Cielos, el Sermón de la Montaña de Jesús, si nos denominamos cristianos, cristianos originarios o seguidores de Jesús de Nazaret, en ese caso nos comprometemos al mismo tiempo automáticamente a cumplir también aquello que pretendemos ser.

Pero hay que poner algo en claro: El cumplimiento de lo que el Eterno nos dio en los Diez Mandamientos y Jesús de Nazaret en Sus enseñanzas y en el Sermón de la Montaña, no tiene nada que ver con estatutos eclesiales institucionales ni con resoluciones eclesiásticas.

Nota de los traductores: Para la traducción de los Diez Mandamientos y para mantener el sentido del texto original en alemán, se han usado las formas verbales de presente ‘debes’ o ‘no debes’, en vez del tiempo verbal de futuro empleado en español, puesto que esta traducción es la más cercana a la formulación bíblica empleada en idioma alemán.

El primer Mandamiento de Dios: «Yo Soy el Señor, tu Dios. No debes tener otros dioses aparte de Mí»

El Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, el Dios a través de Moisés, a través de todos los profetas de Dios, es el Espíritu Libre, es la Ley eterna, el amor y el amor al prójimo.

Dios, el Espíritu Libre, es la fuerza creadora en todo. No importa a dónde vayamos, a dónde miremos –en todo se encuentra el Espíritu eternamente reinante. En cada persona, es decir en nosotros, en nuestra alma, se encuentra el Espíritu de la Verdad, el Espíritu Libre. Él nos toca en cada célula de nuestro cuerpo y a través de nuestra respiración. Todo lo que nos rodea, lo que vemos y lo que no observamos, lleva en sí el Espíritu, a Dios, que es la Vida.

En el fondo primario de su alma el ser humano es divino, pero no es Dios. El ser divino existe eternamente, porque Dios, su Padre celestial, lo visualizó y creó. Al ser puro también se le llama ser espiritual.

La palabra de Dios, el Mandamiento dado a través de Moisés, nos enseña: *«No debes tener otros dioses aparte de Mí»*. ¿Qué son los otros dioses, o ídolos, y cuántos otros dioses ha creado el ser humano en la época actual, a los que muchos veneran y se entregan ciegamente? Estos son el dinero, la técnica desarrollada al extremo, el afán de diversión, el vicio por los juegos de azar, el afán de poder, los deseos, los apetitos y las pasiones extremas, y mucho más. Todos los vicios tienen su correspondiente ídolo, al que en cierto modo actualmente muchas personas veneran en todo el mundo. Muchos seres humanos idolatran a otras personas o les rinden reverencia, creyendo –o porque estas les hacen creer– que ellas han sido elegidas por Dios para guiar a los seres humanos e imponer enseñanzas para atarlos. Muchas personas pagan tributo a los dioses, a los ídolos, también a los denominados altos cargos, que se dejan venerar por el pueblo.

El Reino de Dios tiene siete dimensiones, como también la Ley eterna omniabarcante, Dios.

A través de Moisés, los seres humanos hemos recibido de Dios los extractos de la Ley eterna de siete dimensiones para nuestro mundo tridimensional: los Diez Mandamientos de Dios. El vivir los Mandamientos de Dios podría ayudarnos a comprender la vida que proviene de Dios y lo abarca todo. Solo con el cumplimiento paulatino consigue el hombre una ética y moral más elevadas, y solo de esta manera se amplía su consciencia, pudiendo captar todo con más extensión y profundidad.

Puesto que el Reino de Dios tiene siete dimensiones, no deberíamos formarnos ninguna imagen del Reino de Dios, del Cielo, ni tampoco de aquello que se encuentra en la Tierra, sobre y dentro de ella. Tomemos en serio las palabras de Jesús de Nazaret, quien nos enseñó: «El Espíritu de Dios está en ti, y tú eres el templo del Espíritu Santo». Imágenes de adoración, como p. ej. estatuas o imágenes de santos, se graban en nuestra alma como imágenes tridimensionales. Cuando entonces llega la hora en que el cuerpo fallece, la envoltura del alma, el alma va a los ámbitos del Más allá. A ella se encuentran adheridas las imágenes tridimensionales que no se asemejan a la vida de siete dimensiones. El alma tendrá que darse cuenta algún día que esto que ha introducido ella en sí misma, las imágenes tridimensionales que adoró siendo un ser humano, no se corresponde con la vida eterna de siete dimensiones.

Los seres humanos no podemos imaginarnos el Reino de Dios, tampoco podemos hacernos una imagen de los mundos espirituales puros, tampoco de los seres espirituales, que llamamos ángeles, tampoco de Dios, nuestro Padre eterno, al que también llamamos Dios Padre-Madre y al que veneramos en el Padre Nuestro, ni tampoco de Cristo, el Corregente del Reino de Dios. Imágenes y estatuas solo se corresponden con nuestro mundo de ideas personales. Por ello no deberíamos adorar ninguna imagen.

Tampoco deberíamos adorar el cuerpo de Jesús en la cruz. Su Espíritu resucitó y se encuentra sentado a la derecha del Padre eterno, como Hijo de Dios, como Corregente del Reino de Dios. El Hijo de Dios, el Corregente del Reino de Dios, es el Redentor de todas las almas y hombres. Él es el Camino, la Verdad y la Vida, y Él, Cristo, nos conduce al Padre eterno, en el Reino eterno de siete dimensiones. La cruz sin cuerpo, símbolo de Su acto redentor, indica el camino al Reino de Dios, de la paz, de la unidad y de la libertad.

Como hemos leído, el Espíritu Libre eterno es vida omnipresente y por ello se encuentra en cada animal, en todas las plantas, es decir, en la naturaleza, en los minerales y en cada piedra. En cada gota de agua se encuentra la vida. Todo en todo es la unidad, y la unidad en Dios es la vida imperecedera. También los seres humanos somos a su vez solo la envoltura de la vida eterna. En lo más profundo de nuestra alma pertenecemos al Reino de Dios. Así como el cuerpo físico solo es la envoltura de la verdadera vida, también cualquier forma de vida de la naturaleza terrenal, cada animal, cada planta, cada árbol, cada arbusto, cada piedra, es solo la envoltura de la vida. La vida, la fuerza creadora, late en todos y en todo; es el Espíritu Libre, la Ley eterna del amor a Dios y al prójimo. En todo lo que vemos y no consideramos, obra la vida eterna omniabarcante. La materia, lo tridimensional, es la envoltura, solo es el reflejo de la Creación de Dios, en la que late la vida de siete dimensiones.

Ocupémonos ahora del segundo Mandamiento, del Espíritu Libre, del Espíritu universal, que es la fuerza creadora.

El segundo Mandamiento de Dios: «No debes profanar el nombre de Dios»

¿Cómo profanamos los seres humanos el nombre de Dios? Por ejemplo cuando maldecimos en Su nombre, juramos en falso o exclamamos a la ligera «¡Dios mío, Dios mío!», sin pedirnos cuentas a nosotros mismos por usar el nombre de Dios de esa manera, cuando en realidad no Le tenemos en mente. O cuando usamos fórmulas de saludo o despedida diciendo «Un saludo en Dios» o «Vaya con Dios», sin tener en cuenta que al decirlo estamos hablando de la Inteligencia absoluta. En alguna que otra conversación se usa la expresión «¡Pero por Dios!». ¿En qué pensamos al hacerlo? La mayoría de las veces solo son palabras vacías, frases hechas. Sin embargo, como sabemos en la actualidad, todo es energía. De ello se deduce: nosotros somos los responsables por cada palabra que sale de nuestra boca, y no Dios. Cada persona que toma el nombre de Dios en vano, abusa de Su nombre y desperdicia con ello energía, castigándose a sí misma. Según la ley de Acción y reacción, nosotros mismos somos responsables de nuestra manera de pensar, hablar y actuar –no el Todopoderoso.

Cristo nos pide que cuestionemos nuestros pensamientos y palabras haciéndonos conscientes de lo siguiente: ¿Qué pensamos y hablamos? ¿Se corresponde nuestro comportamiento con lo que decimos, p. ej. «Un saludo en Dios», o «Pero por Dios», o bien «Vaya con Dios»? Todo es energía. Por ello hay que preguntarse: ¿Nos castiga Dios cuando actuamos contra nuestra propia energía, ya que esta también incluye nuestra vida terrenal? No, nos castigamos a nosotros mismos cuando reducimos nuestra fuerza vital, nuestra energía.

Una y otra vez oímos: «¡Gracias a Dios me salió bien, o no me ocurrió, esto o aquello!». ¿Realmente estamos agradecidos de Dios, o solo lo decimos así sin más, como una frase hecha, un modismo? Desgraciadamente, rara vez tomamos en serio tales situaciones y las aprovechamos para reflexionar sobre nosotros mismos, sobre nuestro comportamiento, sobre nuestra vida y por último sobre la siembra que, consciente o inconscientemente y sin reflexionar, depositamos en el campo de nuestra alma con nuestros pensamientos y palabras.

Los seres humanos deberíamos hacernos conscientes cada vez más a menudo de que nuestra siembra brotará algún día. ¿Qué ocurrirá entonces? Quien crea en Acción igual a reacción, en Siembra y cosecha, en Causa y efecto, verá claramente que el Eterno, al que en Occidente llamamos Dios, no castiga. Por consiguiente Él tampoco nos obliga a nada, porque Sus Mandamientos dicen sin ninguna excepción: «debes» (o «no debes»), y no: «tienes –o no tienes– que». Precisamente los Mandamientos son ofrecimientos, ellos indican la dirección a seguir. El ser humano es libre de pensar, hablar y actuar como le plazca. Puesto que los seres humanos somos libres, también somos responsables de nuestras obras, de todo aquello que diariamente percibimos, sentimos, pensamos, hablamos y hacemos.

Los seres humanos deberíamos diferenciar entre «tienes que» y «tenemos que».

«Tienes que» es personal, va dirigido a la persona, y por ello va en contra de la libertad que viene de Dios, la cual dice: «debes».

Por el contrario, las palabras «tenemos que» son impersonales, porque se expresan de forma general y no se refieren a ninguna persona en concreto, a menos que se trate de una orden. En ese caso se pasa al ámbito de lo personal y se coarta la libertad. De ello resulta el acuerdo concluyente que dice: ¡separa, ata y domina!

Dios, el Eterno, solamente ofrece los Mandamientos de Su ley celestial a través de Moisés. Junto con la enseñanza de Jesús de Nazaret, sobre todo el Sermón de la Montaña, son el camino al Reino de Dios.

Cristo es el Corregente del Reino de Dios. También uno que otro partido político profana Su nombre, Cristo, es decir, abusa de él. El nombre del Dios todopoderoso y de Su hijo no tiene nada que ver con la política. Uno se pregunta: ¿ha de ser utilizado quizá solo como un pretexto para deslumbrar a muchas personas? Quien desee examinar los discursos de muchos oradores, también en los partidos denominados cristianos, y en definitiva también su propio comportamiento personal, que lea lo que Jesús de Nazaret recomendó en el Sermón de la Montaña como criterio para diferenciar. Entre otras cosas, Él nos enseñó: «Por sus frutos los reconoceréis».

Quien respeta los Diez Mandamientos de Dios y las enseñanzas de Jesús de Nazaret, también se dará cuenta y comprenderá en qué medida se abusa del nombre del Altísimo y del nombre de Jesús, el Cristo, en partidos, comunidades, iglesias y similares que se denominan cristianos. Cada cual debe responder ante la Ley del infinito, ante Dios y ante sí mismo por aquello que presume ser o de lo que es prosélito; esto también es válido cuando alguien sabe de algo que es injusto y calla, y además aún se siente perteneciente a esa asociación.

En las instituciones eclesiales se habla del Dios que castiga. Según la ley del libre albedrío, cuando sabemos de los Mandamientos de Dios y los rechazamos, nos castigamos a nosotros mismos. La Ley del Eterno es el amor a Dios y al prójimo. Ella contiene la libertad. Quien obedece lo que prescriben estatutos eclesiales que prescriben con un «tienes que», quien cree en el castigo eterno, llamado condenación, aún no ha reflexionado sobre el abuso de los Mandamientos de Dios y de las enseñanzas de Jesús de Nazaret.

El Eterno, el Espíritu Libre, nos exhorta una y otra vez a que aprendamos a comprender el sentido de las palabras, también en lo que se refiere a los Mandamientos de Dios. Las palabras humanas solo son envolturas, de forma parecida a como el hombre es solo la envoltura de la verdadera vida, la envoltura de su alma. Por lo tanto, las palabras humanas son envolturas, similares a una cáscara; lo decisivo es el contenido.

Solo cuando los hombres estemos dispuestos a encontrar la verdad en los Mandamientos de Dios y en las palabras del Cristo de Dios, realizándolas en la vida diaria, experimentaremos al Espíritu Libre, que no obliga ni castiga.

Cuán a menudo oímos o leemos sobre Siembra y cosecha, sobre Causa y efecto, sobre Acción y reacción.

Un antiguo dicho popular (alemán), que dice algo así como «Quien no quiera escuchar, tendrá que sentirlo en carne propia», se usa, como tantas otras cosas, con ligereza y sin reflexionar. O sea que quien no quiera oír las indicaciones del Eterno, sigue su propio camino. No puede hacer responsables a otros, y mucho menos al Espíritu Libre, al que en Occidente llamamos Dios, por los escollos del camino que él mismo va colocando,

que son ciertos contenidos de su manera de sentir, pensar y hablar. Si la persona un día tropieza con uno de los obstáculos, es decir escollos, que ella misma ha colocado ante sí, en la mayoría de los casos culpa entonces por ello a Dios. El antiguo dicho popular se tiene tan poco en cuenta como la ley «Lo que el hombre siembra, cosechará». –O sea que quien no quiere oír, tendrá que sentir en carne propia las consecuencias.

Quien sufre las consecuencias de lo que él mismo ha introducido de negativo en su interior, sus propios obstáculos, debería hacerse consciente de que se trata del alejamiento de los Mandamientos y de las enseñanzas de Jesús de Nazaret, de las numerosas e incontables ayudas del Espíritu Libre, Dios, que con ello nos tiende la mano. Las preocupaciones, las necesidades, el sufrimiento y mucho más no corresponden a la voluntad del Eterno, sino que son la emanación del modo de pensar y actuar irracional del hombre. Si el ser humano siente los grilletes que él mismo se ha colocado, en ese caso no se los suele atribuir a sí mismo, sino que pregunta: «¿Por qué Dios lo permite?». En su lugar, debería preguntarse más bien: «Hombre, ¿por qué permites *tú* que te ocurra algo así?».

Hay algo que a los seres humanos se nos debería hacer en todo caso consciente: La responsabilidad por el contenido de nuestro modo de sentir, pensar, hablar y actuar es solamente nuestra. Alguno podría decir: «¡Pero esto no tiene nada que ver con la libertad. Dios tendría que ayudarnos y asistirnos, Dios tendría que protegernos!». –Por supuesto que El Eterno nos asiste. Él nos ayuda y nos protege. Pero si no queremos, si rechazamos Su mano dándole la espalda a los Mandamientos de Dios y a las enseñanzas de Jesús de Nazaret, entonces será como en una familia en la que el padre le dice al hijo o a la hija: «¡Ten cuidado! No hagas eso, pues tendrá consecuencias». Es posible que el hijo o la hija piense: «¡Bah!, qué importa lo que diga nuestro padre, el tiempo actual es diferente; lo haré como yo quiera». A pesar de las palabras exhortadoras del padre «No hagas eso, pues tendrá consecuencias», es posible que el hijo o la hija digan: «¿Por qué no, qué significa consecuencias?». Puede que digan de forma obstinada, incluso furiosa: «¡Nos haremos cargo de ellas!». ¿Y qué puede decir tal vez el padre?: «No puedo ataros a mis palabras de advertencia. Sois libres de hacerlo; pero entonces cada uno de vosotros debe hacerse cargo de lo que resulte de ello para cada cual».

Algo parecido ocurre con Dios, nuestro Padre celestial. Si la persona no quiere, a pesar de saber de los Mandamientos de Dios dados a través de Moisés y de las enseñanzas de Jesús de Nazaret, y dice: «¿Y qué? A mí esto no me interesa; vivimos en otros tiempos; yo hago lo que quiero», en ese caso Dios no le obligará a nada ni tampoco le castigará, ya que el hombre tiene la libertad de decidir, puesto que Dios, el Eterno, ha dado la libertad como herencia a todos los hombres y seres. El Espíritu eterno, Dios, y Su hijo, Jesús, el Cristo, reconcilian, perdonan y asisten, siempre y cuando lo queramos, si nos dirigimos al Espíritu único, libre y omnipresente y cumplimos lo que Él nos ha ofrecido: los extractos de la Ley eterna del amor a Dios y al prójimo, los Diez Mandamientos, y Jesús de Nazaret la enseñanza de los Cielos, sobre todo el Sermón de la Montaña.

Preguntémonos: ¿De qué debe protegernos Dios, el Eterno? ¿Quizá de aquello que nosotros hemos causado con nuestra obstinación, que es igual a obrar con carácter despótico? Preguntémonos: Si Dios actuara así, ¿seríamos entonces de la noche a la mañana otras personas, más atentas a nuestro propio modo de pensar y actuar frente a otros, que en adelante se abstendrán de su mal comportamiento, que fue el que condujo a las desavenencias –o seguiríamos haciendo lo que nos apetece?

El tercer Mandamiento de Dios: «Acuérdate de santificar el sábado»

Los empleados tienen que adaptarse en la actualidad a las condiciones de la empresa correspondiente, de modo que en principio no se puede decir que el séptimo día tenga que ser el día de descanso. Para personas que p. ej. trabajan por turnos, o personas empleadas en la gastronomía, en muchos casos el séptimo día no es uno de descanso.

Ninguna persona está excluida de la Ley eterna, del amor a Dios y al prójimo, que incluye la libertad. No importa cuál sea el día libre, toda persona debería tomarse algunos minutos de reflexión para pensar sobre los días pasados. ¿Qué resultó bien, qué no resultó tan bien o incluso mal? De todo podemos obtener algo, o bien extraer algo de las conversaciones, sobre todo cuando nuestro mundo de sentimientos emite un aviso, tanto en sentido positivo como en sentido contrario a la ley de Dios. Cuando tenemos lo que se denomina un mal presentimiento, una gran ayuda es plantearnos a nosotros mismos la pregunta «por qué». La expresión «por qué» puede descifrar muchas cosas, que tal vez hayamos olvidado o incluso reprimido durante las últimas horas o días, según hayan sido las circunstancias. También podríamos hacernos conscientes de que en nosotros tiene efecto una poderosa fuerza positiva, a la que en Occidente llamamos Dios, y que desea asistirnos.

Si usted tiene pensamientos que le obligan a ir a una capilla o a una iglesia para rezar allí, entonces lea lo que Jesús de Nazaret enseñó a los hombres. Por un lado nos enseñó que cada ser humano es el templo de Dios y que Dios vive en el alma de cada persona. Por otro lado, con relación a la oración, Él nos enseñó lo siguiente: «*Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará*».

Usted, nosotros, toda persona somos libres de rezar, pensar y actuar como lo desee cada uno. Sin embargo, hay algo que no deberíamos dejar de lado con ligereza, el hecho de que somos responsables por todo lo que hacemos y por lo que no hacemos, por todo nuestro comportamiento.

El cuarto Mandamiento de Dios: «Debes honrar (respetar) a tu padre y a tu madre»

En muchos casos hay personas de esta época que se rinden honores a sí mismas. Y hay personas que honran a otras personas. Por ejemplo, se honra a aquellas personas que aportan a la sociedad los importantes resultados de sus investigaciones, o a aquellas que los que tienen un alto cargo en el gobierno o el Estado elevan a una posición social más elevada. En nuestra época se admira y honra p. ej. a deportistas que baten récords, a actores y otros artistas, así como a personas que hacen ostentación pública de su lujo y riqueza. También los hijos deben honrar a su padre y a su madre. O sea que debemos rendir honores a seres humanos.

Ante Dios todos somos iguales, hermanos y hermanas, hijos de un Padre que está en el Cielo, tal y como nos enseñó Jesús de Nazaret, quien habló p. ej. del siguiente modo a quienes enseñaban al pueblo en nombre del Eterno:

«Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar Rabí, porque uno solo es vuestro Maestro; y vosotros sois todos hermanos. Ni llaméis a nadie "Padre" vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del Cielo. (...) El mayor entre vosotros será vuestro servidor. Pues el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado».

No importa qué título obtenga el hombre ni con qué méritos se engalane – ante Dios es igual que su prójimo, sin título ni dignidades; esto también es válido para las personas de quienes somos hijos o hijas terrenales. La palabra de Dios es la Ley eterna, la verdadera vida. Entre otras cosas, dice: «Que el uno lleve la carga del otro», lo que significa: que el uno ayude al otro.

El mostrarse a otros como alguien honorable o permitir que otros nos honren no está previsto en la Ley universal eterna de la igualdad, libertad y unidad. El amor a Dios y al prójimo incluye el respeto al prójimo, que los seres humanos por tanto nos debemos respetar mutuamente y honrar a Dios, el Espíritu omnipresente, que es la vida en todo y en todos, respetando también Su Creación, a la que pertenecen los seres humanos, los animales, la naturaleza y la madre Tierra. Solo quien respeta la vida, honra a Dios. Quien destruye la vida, menosprecia a Dios.

El quinto Mandamiento de Dios: «No debes matar»

Precisamente el quinto Mandamiento tiene muchas acepciones, ya que los círculos eclesiásticos institucionales [en Alemania] han cambiado el término matar por la palabra «asesinar». Según la declaración actual, en la guerra se puede p. ej. matar; por el contrario, matar de forma premeditada es asesinato. Si de acuerdo con la declaración de Jesús de Nazaret consideramos la palabra «guerra» con más detención, leeremos lo que Jesús nos enseñó, p. ej.: «*El que coja la espada, morirá bajo la espada*».

Jesús de Nazaret era pacifista en toda la extensión de la palabra. Él enseñó el pacifismo. Jesús de Nazaret fue un hombre de paz y el Príncipe celestial de la Paz. Quien ha cambiado la palabra «matar» por «asesinar», quitándole con ello importancia a su significado, está al fin y al cabo *a favor* de la guerra y *contra* la enseñanza de Jesús de Nazaret. Ante la faz de Dios, ante el Padre celestial que Jesús nos trajo, somos todos hermanos y hermanas, que de Dios, su Padre celestial, han recibido la vida, la vida eterna. Los seres humanos respiramos porque en nuestra respiración fluye la vida, que es la fuerza todopoderosa. ¿Quién tiene el derecho o se toma el derecho a quitarle la respiración a su hermano o a su hermana?

Jesús de Nazaret nos enseñó que los seres humanos no tenemos el derecho a matar a otro ser humano. Esto también es válido cuando se mata deliberadamente a un animal o a una planta en su savia. A los seres humanos se nos pide respetar, amar y apreciar la Tierra con todo lo que vive en ella, sobre y dentro de ella, pues en todo está la vida, y este es el Espíritu Libre omnipotente, el único que es la vida en todo y en todos.

Precisamente la humanidad actual está muy alejada de la Verdad eterna, a la que en Occidente llamamos Dios. Desgraciadamente son pocos los que piensan que Él es el poderoso Espíritu del infinito, el Creador, cuya fuerza de vida reina en todo. Tanto si se trata de los universos, de los poderosos astros y planetas o del animalito más pequeño en la Tierra –todo lleva en sí la vida del Espíritu eterno, del Creador de todo lo que existe. ¿Quién tiene por tanto el derecho a intervenir en la vida, que es eterna? ¿Quién ha dado la vida? ¿A quién pertenece la vida? El ser humano, el animal, y la

naturaleza tienen derecho a vivir, y de hacerlo hasta que la vida terrenal se extinga. Por tanto, cada persona, todos los reinos de la naturaleza tienen el derecho a vivir en la vida de materia gruesa hasta que les llegue la hora de regresar como forma de vida espiritual al seno de la vida eterna.

El hombre actual ignora la mayoría de las veces la ley de Siembra y cosecha: lo que el hombre siembre, cosechará. Si observamos más profundamente nuestro mundo de arrogancia y explotación de los seres humanos y de la naturaleza, nos daremos cuenta de que la mala siembra no está madurando, sino que ya ha brotado, es decir que ha pasado a traer sus efectos. ¿Pero a quién le importa esto? El uno más, el otro menos, piensa: «Yo mismo soy mi propio prójimo. Esto no me incumbe». No obstante, esto le incumbe a usted, nos incumbe a todos nosotros, ya que portamos la vida y también nuestra libertad, de lo que surgió la ley de la Caída, que dice: lo que el hombre siembre, es lo que cosechará.

Para quien por tanto mate conscientemente, no importa si lo hace en la guerra, como agricultor, guardabosque o cazador –nadie tiene el derecho a matar deliberadamente. Quien mata deliberadamente, es decir intencionadamente, está contra la ley de la vida y con ello contra el Dios creador. La conclusión para cada uno de nosotros es: lo que siembres, lo cosecharás algún día, ya que el alma de cada ser humano vive eternamente. Algún día el alma pasará a los ámbitos del Más allá y tendrá que cargar con lo que el ser humano sembró.

El sexto Mandamiento de Dios: «No debes cometer adulterio»

El adulterio es abusar de la fidelidad, lo que equivale a abusar de la confianza. Los matrimonios en la mayoría de los casos suelen consumarse en base a un acuerdo de confianza mutua. Tanto si la esposa o el marido rompen la confianza al preferir físicamente a otra mujer o bien a otro hombre, esa persona ha violado la promesa de fidelidad mutua.

Nuestra época actual no solo parece moverse a un ritmo vertiginoso, sino que también con relación a la fidelidad considera esta ilusión, fomentando la idea de que hay que disfrutar de la vida. También en lo que se refiere al matrimonio y a la pareja, el tiempo vertiginoso es el padrino, ya que hoy se promete fidelidad, pero ya mañana esto es totalmente diferente.

También en muchos consorcios y empresas es de modo similar. Se firma un contrato laboral en el que está establecida la confianza que se ha de tener en la empresa. No obstante, cuando se trata del propio beneficio, cuando además entran posiblemente en juego maquinaciones y manipulaciones empresariales, el contrato laboral a menudo no es más que un papel sin valor.

No importa a dónde miremos, el tiempo actual, el mundo de hoy, se ha convertido en un culto de sacrificio de algo o alguien. En muchos casos se sacrifica el matrimonio o la relación de pareja por una amistad breve. Tenga la mujer un hijo o no, no es lo que importa –el tiempo aparentemente vertiginoso exige su tributo. Tanto si es adulterio como abuso de fidelidad, o bien abuso de confianza –apenas si esto ya juega un papel; se sacrifica al prójimo, se sacrifica lo que se ha firmado por contrato. Las formas del culto de sacrificio son variadas. La vida actual se podría comparar con un juego de dados. La persona digna de confianza es hoy el número uno –mañana puede que el confidente o la persona deseable sean ya el número tres, el cinco o incluso el número seis.

Y de este modo uno que otro dice: «¿De qué sirven todavía los Mandamientos de Dios, que hace algunos miles de años correspondieron a personas de la denominada época antigua o de piedra?». Si se piensa con sinceridad: ¿no piensan así o de forma parecida muchos seguidores de esa

vida vertiginosa, y opinan que la vida se ha de vivir hoy mismo, aunque sea a costa de otros, también a costa del sufrimiento y del dolor de aquellos que quedaron atrás y que tienen que soportar alguna carga?

No importa cuántas perversiones los seres humanos consideremos algo normal y que por ello ni siquiera nos avergoncemos, Dios, el Eterno, es invariable. Él fue ayer, es hoy y también será mañana el mismo. Su Ley cósmica eterna es absoluta; es presente. Si el sexto Mandamiento dice*: «No debes cometer adulterio»*, esto significa entre otras cosas: «Debes cumplir tu promesa», lo que concierne a practicar una fidelidad honrosa, igual a confianza honrosa, tanto en el matrimonio, en la pareja, en consorcios, en empresas y similares. Por tanto, tal y como el ser humano de la denominada Edad Antigua, o Edad de Piedra, debía medir su modo de pensar y hablar, todo su comportamiento en base a los Mandamientos de Dios, lo mismo rige hoy en la denominada edad tecnológica, que el ser humano califica como una era libre de prejuicios.

El matrimonio, la pareja y una promesa contractual también en la actualidad deberían estar respaldados por sinceridad, apertura, fidelidad, rectitud y confianza. Quien tome en serio los Mandamientos de Dios y desde hace dos mil años las enseñanzas de Jesús de Nazaret, el Cristo de Dios, y los cumpla paso a paso, logrará alcanzar amplitud de miras y una visión que comprende las cosas, pudiendo sopesar a quién tiene ante sí, p. ej. como persona, y en quién puede depositar su confianza. O sea que el sexto Mandamiento establece «No debes cometer adulterio».

Una ruptura es una ruptura. Lo que se repara ya no está intacto. Por ello hay que examinarse primero a uno mismo antes de cometer una injusticia, es decir, de dejar que algo se rompa. Esto significa que primero deberíamos reflexionar antes de romper algo, pues el pegar las grietas de algo roto a menudo lleva mucho más tiempo, y lo pegado es al fin y al cabo algo pegado, de lo que ya no es posible hacer un todo. Por esto, más de algo que se ha roto, en determinadas ocasiones encuentra su justa resonancia en la ley de Siembra y cosecha: «Lo que siembres, cosecharás».

El séptimo Mandamiento de Dios: «No debes robar»

La palabra «robar» se podría dividir en dos categorías. La primera podría llamarse hurto, la segunda categoría robo. Cuán a menudo se dice: «¡A ver, un momento, pero si yo no robo!». ¿Podemos los seres humanos afirmar esto sin más, sabiendo que todo es energía y que nuestro tiempo también es un factor energético?

¿Quién es un ladrón? Podríamos denominar p. ej. un ladrón a aquel que hurta dinero y bienes de valor. A otro se le podría denominar ladrón cuando le roba el tiempo a sus semejantes, manteniendo p. ej. conversaciones largas e inútiles, con muchos peros y sin llegar al fondo de la cuestión; o cuando él se pierde en conversaciones triviales sin llegar a un fin; o cuando alguien exige del otro algo que él mismo podría haber hecho; o bien cuando uno disputa con otro porque ambos quieren tener razón y ninguno quiere admitir la pizca de veracidad objetiva que pueda tener el otro.

El derroche de tiempo, igual a de energía, en muchas situaciones es un hecho que se muestra de múltiples maneras y que no se pueden contar aquí en su totalidad. Esto y mucho más es agotar la energía, en cuyo caso uno le roba una cantidad mayor o menor de energía al otro. Cada uno de nosotros podría enumerar seguramente toda una lista de ejemplos si se trata de lo que podría equivaler a hurto o a robo.

Pero no se trata de adquirir más conocimientos de las formas de robo que existen, sino que se trata de cada uno de nosotros personalmente, si nos preguntamos: ¿cuándo infrinjo yo, cuándo infringimos nosotros el Mandamiento *«No debes robar»*?

El octavo Mandamiento: «No debes dar falso testimonio contra tu prójimo»

Dar falso testimonio significa decir sobre otra persona algo que no es verdad, afirmar de uno mismo ante las autoridades algo que no es cierto y hacer declaraciones falsas sobre otros. Hablar al gusto de otras personas, adularlas, reafirmarlas en su comportamiento, pero pensando sobre ellas de forma distinta de como hablamos, es también falsedad e infringe el octavo Mandamiento.

La afirmación de que nuestra opinión corresponde a la verdad también corresponde a esta categoría. Una opinión da a entender siempre que no lo sabemos con exactitud. Nuestra opinión, que consideramos como verdad, en la mayoría de los casos es un proceso mental de nuestra parte, un esquema de pensamientos, algo que nos imaginamos y que nos parece lógico. Esto lo declaramos entonces como nuestra opinión. Pero como una opinión da testimonio de no saber, ella puede ser falsa. Esto se puede calificar de falso testimonio.

Dar falso testimonio podría ser también difundir rumores falsos para conseguir con ello un objetivo determinado. Con rumores es posible culpar a otros. También esto infringe el octavo Mandamiento.

Por lo tanto no deberíamos dar falso testimonio contra nuestros semejantes, sino reflexionar más a menudo sobre nosotros mismos, si tenemos bajo control nuestros pensamientos y palabras, pues lo que sale de nosotros es energía y algún día vuelve a nosotros –tanto si dijimos o decimos la verdad como si no. Quien exige valores morales, antes de una conversación debería plantearse a sí mismo la pregunta: ¿Es verdad lo que quiero decir? ¿O sería dar falso testimonio contra mi prójimo?

Si nos esforzamos en reflexionar sobre el octavo Mandamiento, sobre el dar falso testimonio y sobre que todo es energía, también nuestros pensamientos, en ese caso se nos debería hacer consciente que todos, cada uno de nosotros, somos garantes de aquello que sale de nosotros, sea energía de pensamientos, de palabras o de actos. ¿Podemos garantizar que aquello que decimos corresponde a la verdad? Por eso deberíamos ser el mecanismo de control de nosotros mismos, la balanza.

Deberíamos tener cada vez más claro que todo es energía y que cada energía que emitimos, sea positiva o negativa, vuelve a nosotros. Dar falso testimonio conscientemente puede considerarse mentir.

El noveno Mandamiento de Dios: «No debes desear la mujer de tu prójimo»

La palabra «desear» incluye en sí los apetitos sensuales, el querer poseer, las ganas de tomar aquello que quiero para poder considerarlo de mi propiedad. El «mío» y el «para mí», el querer adueñarse de algo, se puede desglosar con la palabra «desear». Si conseguimos lo que deseamos, en el sentido del noveno Mandamiento, la mujer es propiedad del que la ha obtenido a raíz de sus apetitos. En sentido figurado se puede decir que ella, la mujer, se ha convertido en la esclava del que la ha deseado de forma intencionada o no intencionada.

Lo mismo puede aplicarse al hombre o incluso a un niño, al que p. ej. se desea, igual a abusar de él, con un fin físico. Cuando un hombre desea a una mujer, o una mujer a un hombre, o incluso un hombre a un niño, se plantea automáticamente la pregunta: ¿Con qué fin? Como ya se dijo, el apetito de poseer suele ser de origen físico, de lo que surgen muchas formas de dependencia, es decir, de esclavitud moderna. Si ya se ha disfrutado totalmente –por lo que se ha perdido el interés– de la «esclava» o del «esclavo», llegando incluso al abuso forzado de menores, en el que ha sido abandonado a su suerte surgen en muchos casos amargura, vacío, el sentirse haber sido usado y explotado. El niño al que se le ha robado su inocencia a menudo queda vacío, gastado física y psíquicamente. De este hecho en muchos casos surge odio e incluso el posible deseo de venganza.

Y quien desea a un niño y abusa de él, para este sería mejor no haber nacido. Sobre esto Jesús dijo enérgicamente: *«Quien conduzca al mal a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgasen al cuello una piedra de molino y lo arrojaran al fondo del mar»*.

La palabra «desear» incluye más aspectos, como p. ej. atraer de forma solapada de consorcios y empresas a los que se denomina especialistas cualificados, para que aporten su experiencia laboral o para que realicen espionaje industrial, tratándose en ambos casos de prestigio y dinero. También esto puede considerarse en sentido figurado un tráfico de esclavos. Se podría incluir aún muchos, incontables ejemplos. Pero hay un hecho que es evidente, y es que los apetitos tienen facetas muy diferentes.

En cualquier caso hay que decir: quien se vende y cae en el deseo, igual a apetitos o concupiscencia, se convierte en un esclavo moderno que se entrega a su comprador y con ello deja de ser libre hasta que reflexione sobre lo que realmente sería el primer paso hacia la libertad. Este sería:

¡Sé fiel a ti mismo!

El segundo paso podría ser: ten cuidado de las trampas que se te tienden. El tercer paso sería: no te dejes captar por empresas –promociónate a ti mismo adquiriendo una buena formación profesional especializada que te dé alegría y con la que ganes tu salario, pues todo buen trabajador es merecedor de su sueldo. El cuarto paso podría ser: ten cuidado con las adulaciones que preceden al deseo y a los apetitos. Pregúntate: ¿qué ocurre cuando el tren de los apetitos ya ha partido –quién eres entonces? Posiblemente un vagón gastado que no sabe bien en qué vía de maniobras se encuentra...

El décimo Mandamiento de Dios: «No debes codiciar los bienes de tu prójimo»

El décimo Mandamiento dado a través de Moisés nos permite tener una percepción más profunda al contemplar nuestra Tierra, que Dios ha dado a todos los hombres para que alimente a Sus hijos humanos. ¿Qué ha hecho el ser humano del planeta Tierra? En última instancia una isla llena de parcelas. Quien hereda o consigue dinero y bienes, posee un trozo de terreno correspondientemente grande, una gran parcela, a la cual llama su propiedad. Otro solo posee un pequeño trozo de este gran pastel repartido en parcelas que es la Tierra. Y por su parte otro no tiene ninguna parcela de su propiedad; es un trabajador que se gana el pan y el de su familia. De este sueldo viven bien o mal él, su mujer y sus hijos.

El propietario de la parcela grande, el gran capitalista, deja que aquellos a los que se llama trabajadores y empleados, realicen el trabajo en la parcela de su propiedad, en su isla parcelada. Él mismo vive de manera exquisita y disfruta –al fin y al cabo a costa del trabajo de otros– del «mío» y del «para mí», que constituyen su vida. Él no necesita ganarse el pan de cada día como lo hacen el trabajador y el empleado; los demás lo hacen por él. Los trabajadores, los empleados, reciben su salario y el propietario recibe de esto su capital, que entonces invierte para incrementar con ello su «propiedad».

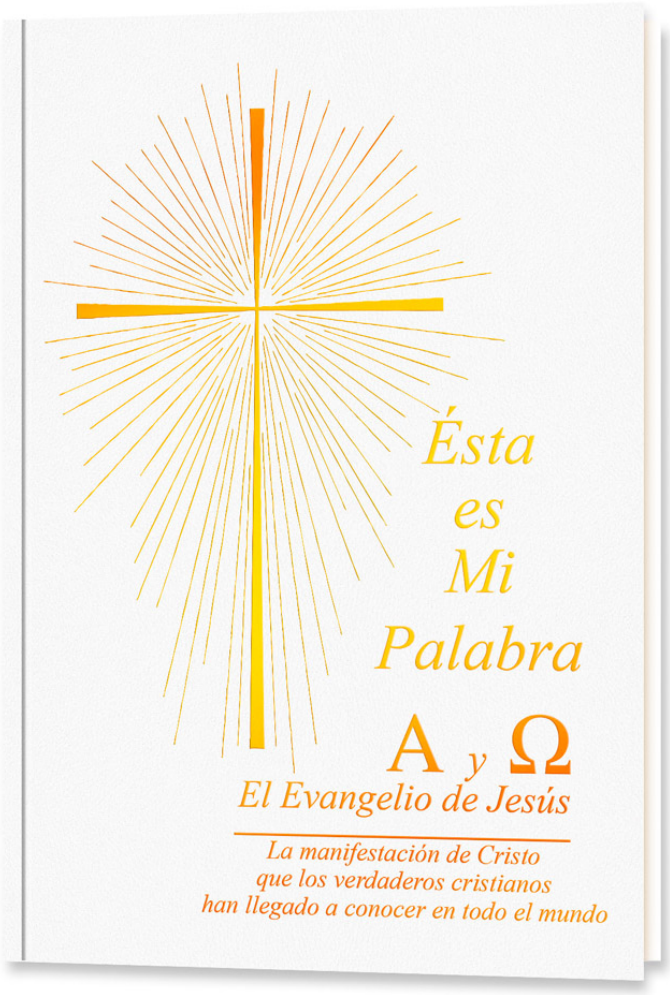
No se puede negar que esta injusticia cada vez mayor puede conducir a envidia, odio, codicia y a cosas parecidas, si se tiene en cuenta que en nuestro tiempo los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres.

Con cuánta más claridad suena hoy el décimo Mandamiento en nuestros oídos. Jesús de Nazaret ya dijo: *«Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino de los Cielos»*. Esta declaración puede aplicarse a la parcelación del planeta Tierra. Los ricos se preocupan aún menos que antes de las palabras de Jesús, ya que antes tenía más peso el corazón al ponerlo en la pesa de la balanza personal y se medían más las obras del amor al prójimo. En la actualidad cada uno es su propio prójimo.

Pero lo que era válido ayer, también lo es hoy. Nadie puede llevar consigo dinero o bienes al Más allá. Así como era antes con el rico, así lo es también hoy. Nadie puede entrar por el denominado ojo de la aguja, porque para los ricos el Reino de los Cielos aún está lejos. ¿Dónde estará entonces su alma pobre cuando las riquezas ya no cuenten? La ley de Siembra y cosecha logrará la equiparación. Por eso no vale la pena desear los bienes ajenos. En cualquier caso: ¡La Tierra es el planeta de Dios y no la obra del egoísmo humano!

Quien capta conscientemente el sentido de los Diez Mandamientos de Dios, se da cuenta de que sin vivir la palabra de Dios, la persona vaga diariamente de un lugar a otro; no sabe quién es ni por qué vive como ser humano en lo temporal.

Otros libros



El Evangelio de Jesús.
La manifestación de Cristo
que los verdaderos cristianos han llegado a conocer en todo el mundo.

Un libro que le va a permitir conocer a Jesús de Nazaret. La verdad sobre Su obra y Su vida siendo Jesús de Nazaret. Un mensaje prometedor y conmovedor dado por Gabriele, la profeta y enviada de Dios para nuestro tiempo.

Del contenido:
*Infancia y juventud de Jesús * La falsificación de la enseñanza de Jesús de Nazaret en los últimos 2000 años * Jesús de Nazaret desenmascara a escribas y fariseos como hipócritas * Sentido y finalidad de la vida en la Tierra * Condiciones para sanar el cuerpo * Jesús de Nazaret amó y ayudó a los animales * El hombre profana y destruye la vida en la Tierra * La ley de

Causa y efecto tiene también validez en la relación con la Creación * Sobre la muerte, la reencarnación y la vida * El verdadero significado del acto redentor de Cristo, y muchos temas más.

1077 págs.
N° de pedido: S007es
ISBN 978-84-8251-047-9

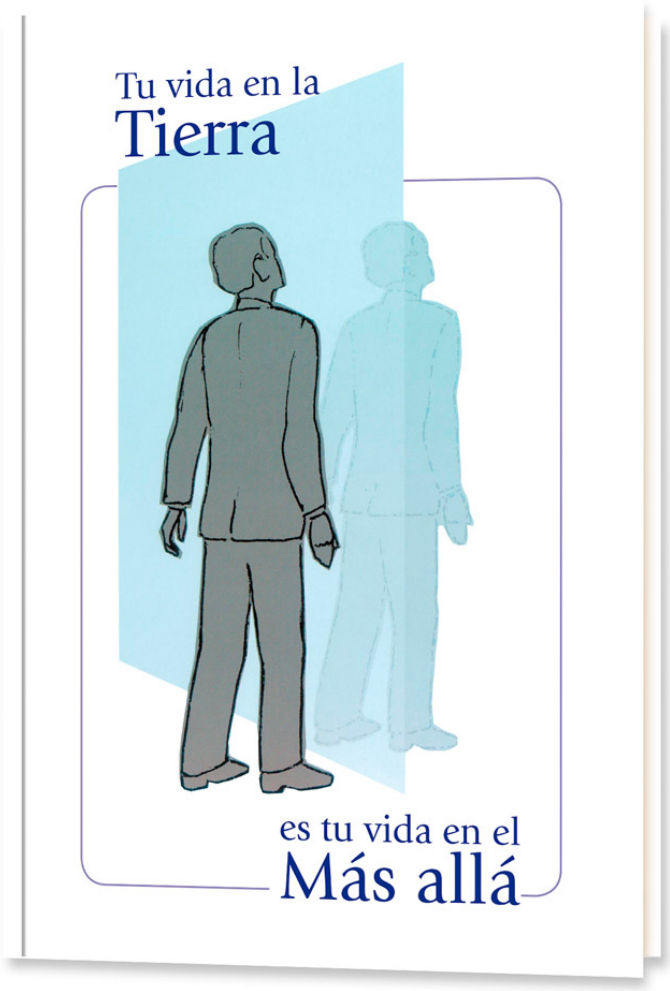
ISBN 978-84-8251-092-7 (epub)
ISBN 978-84-8251-093-4 (mobi)

Biografía.
La enviada
del Cristo de Dios,
Su profeta de la época actual,
Gabriele

«Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga Aquel, el Espíritu de la Verdad, os guiará a toda la verdad». Gabriele es la prueba viviente de que Dios tampoco se deja acallar en la época actual. Porque el Espíritu Libre sopla por donde quiere. Ella es la prueba de que Dios, nuestro Padre, ama a todos Sus hijos. Él no nos deja solos, tampoco en una época llena de cambios y catástrofes, que nosotros los seres humanos hemos creado.
Lea la biografía de una mujer del pueblo, que recibió la llamada de Dios de ponerse a Su servicio como profeta, como traductora de Su palabra.

Incluye 2 CD:
CD1: Dos meditaciones procedentes de la Sabiduría divina: «*La respiración profunda*» y «*Permanece en ti*». / CD2: Una manifestación de Dios-Padre, 1996: «*Os burláis de Dios y creéis en la condenación eterna. Yo Soy el Dios del amor*».

294 págs.
N° de pedido: S550es
ISBN 978-84-8251-087-3



Gabriele

Tu vida en la Tierra
es tu vida en el Más allá

Miedo ante la muerte, y ante lo desconocido… ¿Hay acaso algo después de la muerte? Y si lo hay, ¿cómo será? Sí, la vida continúa, porque el alma es inmortal. Gabriele da una visión hasta ahora no conocida sobra la vida y el desarrollo del alma en los mundos del Más allá. Una gran ayuda para comprender los trasfondos en nuestra vida y para encauzarla a tiempo, porque nosotros mismos nos creamos nuestro cielo o nuestro «infierno».

136 págs.
N° de pedido: S 316es
ISBN 978-3-89201-261-0

Gabriele

La sanación completa

Tanto para quien esté sano como para quien esté enfermo, este libro muestra lo que realmente es importante en la vida. Del contenido: La salud no es la voluntad de Dios; Dios quiere la salud – La palabra «incurable» limita la esperanza – Respirar profunda y conscientemente es un ejercicio que nos ayuda a investigar las causas de nuestra pérdida de salud – La fuerza de Dios no tiene límites – Miedo y desesperación disminuyen las energías anímicas y físicas; Confianza y esperanza, por el contrario, hacen despertar las fuerzas vitales, etc.

150 págs.
Nº de pedido: S330es

ISBN 978-84-9251-040-1

Gabriele-Verlag Das Wort
Max-Braun-Str. 2, 97828 Marktheidenfeld, Alemania
E-mail: info@gabriele-verlag.de